

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 8 rs.
Trimestre 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.

ELECO

DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA IULSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. . . 34.

NÚMEROS SUELTOS
de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

(SEGUNDA EPOCA.)

Jueves 24 de Octubre.

El Eco de Cartagena.

CARTAS DE UN DESOCUPADO.

A CANDIDO

Si para muestra un boton basta, lo que le pasa a un español que desembarca en Portvendres—las tarifes exageradas y las socialinas de que se le hace victima—le dan una idea anticipada, un «avant gout» de lo que se le espera hasta que vuelva a España, tome la direccion que quiera; advirtiéndote que cuanto mas avance hacia los grandes focos de cultura y civilizacion, mas caro ha de costar este gusto.

Uno de nuestros escritores de mas ingenio, aunque algo paradójal, ha dicho que para España la guardia civil habia sido una desgracia, porque, haciendo peligroso el oficio de bandido en los caminos, los que se sentian con vocacion para ejercerlos se habian refugiado en las capitales, donde armados de discursos, de prospectos, de proyectos, de acciones y obligaciones, etc., etc., ganaban mucho dinero tan honradamente como los José Maria de otros tiempos, pero sin tanto peligro.

A tu claro entendimiento no se le ocultará que en esta proposicion hay un fondo de verdad, y que lo de la guardia civil se ha de tomar solo en sentido figurado, como la representacion de un estado de mayor cultura. Pero por mal de nuestros pecados, ahora nos hemos quedado con los ladrones de las ciudades y hemos recobrado los bandidos de las encrucijadas, que es tener lo malo y no lo bueno de dos civilizaciones.

La moderna—que para verla en su expresion genuina hemos de buscarla fuera de nuestro pais—se diferencia en esta parte de la antigua, de la de nuestros padres, no en haber suprimido el robo sino en haberlo generalizado, quitándole de paso lo que tenia de peligroso para los

que lo ejercian y de duro, violento y descortés para los que lo sufrían. Ahora se nos roba mas porque se nos roba con mas frecuencia que antes, porque es mayor el número de los ladrones: el robo es mas variado, puesto que toma formas múltiples, ingeniosas y hasta agradables a primera vista; los ladrones son por punto general corteses y alguna vez amables. La groseria del trabuco y de la intimacion de «el dinero ó la vida,» ya solo se conserva en España, y esto gracias a la revolucion de setiembre que nos puso de un salto al nivel de los pueblos mas cultos y civilizados. Si, a ella le debemos entre otros innegables beneficios, el haber recobrado este rasgo pintoresco de nuestra fisonomia nacional.

Pus bien, a pesar de esta fama merecida, de que gozamos en el mundo, de ser el pais clásico y privilegiado del bandolerismo, yo he sostenido aquí varias veces el tema de que en España no corremos mas peligro de ser robados que en otros paises y que la contribucion pagada a los ladrones es mucho mas general y la cuota mas crecida en Francia, Suiza, Bélgica, Alemania, Inglaterra, y aun en Italia, que en España.

Mi razonamiento es el siguiente: «Yo, con tener una edad que me libra de quintas y hasta de la milicia forzosa, a pesar de haber recorrido casi todas las provincias de España a todas horas, en toda clase de vehiculos y sin escolta, nunca he tropezado con esos famosos bandidos que tanto asustan a los extranjeros que jamás pisaron nuestra tierra, y por lo tanto nunca he pagado mi contribucion al bandolerismo. En mi caso se hallan la casi totalidad de los españoles—con escepcion de algunos centenares, ó miles si se quiere,—y la casi totalidad de los extranjeros que viajan por España—esceptuándose a tres ó cuatro ingleses mas ó menos legítimos;—en cambio yo no conozco español ni extranjero de el lado de acá que no haya sido robado, que no sea robado diariamente por los innumerables, por los in-

calculables bandidos de la civilizacion.

El principio filosófico, el principio legal y la regla de conducta del nuevo bandolerismo es el siguiente: «Cuidado con el Código penal; cuidado con el gendarme, y ríete de los mandamientos de la ley de Dios.» —Tu comprenderás que, dentro de este principio, el bandolerismo de la civilizacion moderna tiene un ancho campo para su explotacion.

Voy a ponerte algunos hechos a la vista para que te formes una idea siquiera sea aproximada, de como el bandolerismo moderno explota al viajero en los paises civilizados.

He oido decir que algunos empleados en el despacho de billetes de los ferro-carriles, aturdidos por las prisas y el barullo, se equivocan al cobrar, y se equivocan siempre en daño del viajero. Si este, atolondrado con el afan de sacar pronto los billetes, despachar el equipaje y meterse en el wagon, no advierte el «error,» se realizó «la operacion;» si lo advierte, se le dan mil satisfacciones, escusándose con las prisas y el ruido, y la cosa no pasa de aquí. —Ya ves que en todo esto nada tiene que ver ni el Código penal, ni el gendarme, pues ni aquel castiga equivocaciones ni estos prenden a los que se equivocan.

Supongamos que, andando el tren llega la hora de almorzar ó de comer, y que cuando llega esta hora el tren para precisamente frente de una estacion, que tiene restaurant y la mesa puesta invitando a los recién llegados.—Desconfia, por regla general, de los restaurantes que tengan las mesas adornadas con ramilletes, aunque sean de flores de papel pintado. Aquellas flores, que de nada sirven, la pagarán tu estómago y tu bolsillo.

Como el «Indicador» y el portero te han dicho que podian disponer de media hora para almorzar ó comer, tú, que eres prudente y comedido, tomas con paciencia que no te sirvan al momento ó esperas que se enfrie la sopa que te han servido calculadamente hirviendo porque el soplar es groseria. Por fin puedes tragar la so-

pa sin abrasarte, ó te sirven algo, en no mucha abundancia ni de la mejor calidad—no toques al vino si no quieres envenenarte,—y apenas empieza a acallar el apetito, toca la campana de marcha, y has de pagar como almuerzo ó comida entera y buena lo que no ha llegado a medio almuerzo ó comida mala. Impacientado de ver que te sobran, encerrado en el coche, los ocho ó diez minutos que te faltaron en el restaurant, averiguas que aquello es una treta que te han jugado el posadero y los empleados del carril. Tampoco en esta nueva suerte tienen nada que ver el Código penal ni los gendarmes.

Hemos llegado ya al punto, ó a uno de los puntos de nuestro destino; como supongo que no viajas a logran señor—y tal vez haces mal—te buscas un ómnibus, el de la fonda donde propones alojarte, dejas allí tu saco de mano y abrigo y te vas por el equipaje, pero alguien te se ofrece para desempeñar esta comision, el mismo cochero de la fonda, y le das el talon. Y dices para tus adentros: «¡Qué bien montado lo tienen esto; qué atentos son estos criados y como estudian la manera de evitar molestia!»

Llega el equipaje, lo cargan en el ómnibus, y tambien para evitarte molestia te desembarazan de lo que suelen llevar en la mano, saco y abrigo. Entonces se acerca uno ó unos que, con mucha cortesía, te piden algo por el trabajo de sacar y cargar el equipaje. Te diriges al cochero como para preguntarle «¿qué es aquello?», y te contesta que no es cosa suya, que aquellos son empleados de la estacion ó faquines que viven de aquella tarea. Paga, y andando, pero como al fin y al cabo se trata de un servicio que te prestaron ó de una molestia que te evitaron, aunque lo encuentras un poco caro, no te parece injusto.

Al llegar a la fonda, ya algo escamado, ó por lo que has oido a otros viajeros, tomas cuarto y preguntas el precio. Dos francos el cuarto,—no puede ser mas modesto—tres el almuerzo y cuatro la comida. Te